

Canción de los hijos pródigos



CUANDO la sangre clama desesperadamente
por un sabor de tierra, por el sol conocido
que alumbró nuestra infancia, por un calor de nido
que suba por las venas a circundar la frente;

cuando el mundo es solo un inmenso pañuelo
que ya hemos empapado de llanto y de sudores
y el arco iris tiene fundidos sus colores
en uno negro y triste; cuando la luz del cielo,
la luz más simple, vence a las luces cansadas
de lejanas ciudades y un sueño de alboradas
purísimas nos brota de este cálido anhelo...

volvemos a tus brazos ¡oh, tierra madre y buena!
volvemos al otoño, plenitud de tus viñas,
al dulzor de tu mosto curador de morriñas
y al místico silencio que reza en la novena.

Volvemos a tu Cristo moreno y palpitante,
a pujar con los hombros del ansia su estatura,
a teñir con la sangre del alma la más dura
certeza de tus piedras ¡tierra madre y fragante!

Volvemos a enhebrar los ahilados perfiles
del tiempo desgastado, las tiernas esperanzas,

al son de los gaiteros y el vuelo de las danzas
que doraban de ensueños los ojos infantiles.

Volvemos a buscar entre mirtos y fuentes
el eco y la leyenda de un primitivo amor;
Sobre un álamo algunas letras entrelazadas,
a punta de cuchillo y de ansiedad, grabadas
y el recuerdo de un beso en torno a cada flor

ANTONIO PEREIRA

Septiembre de 1950